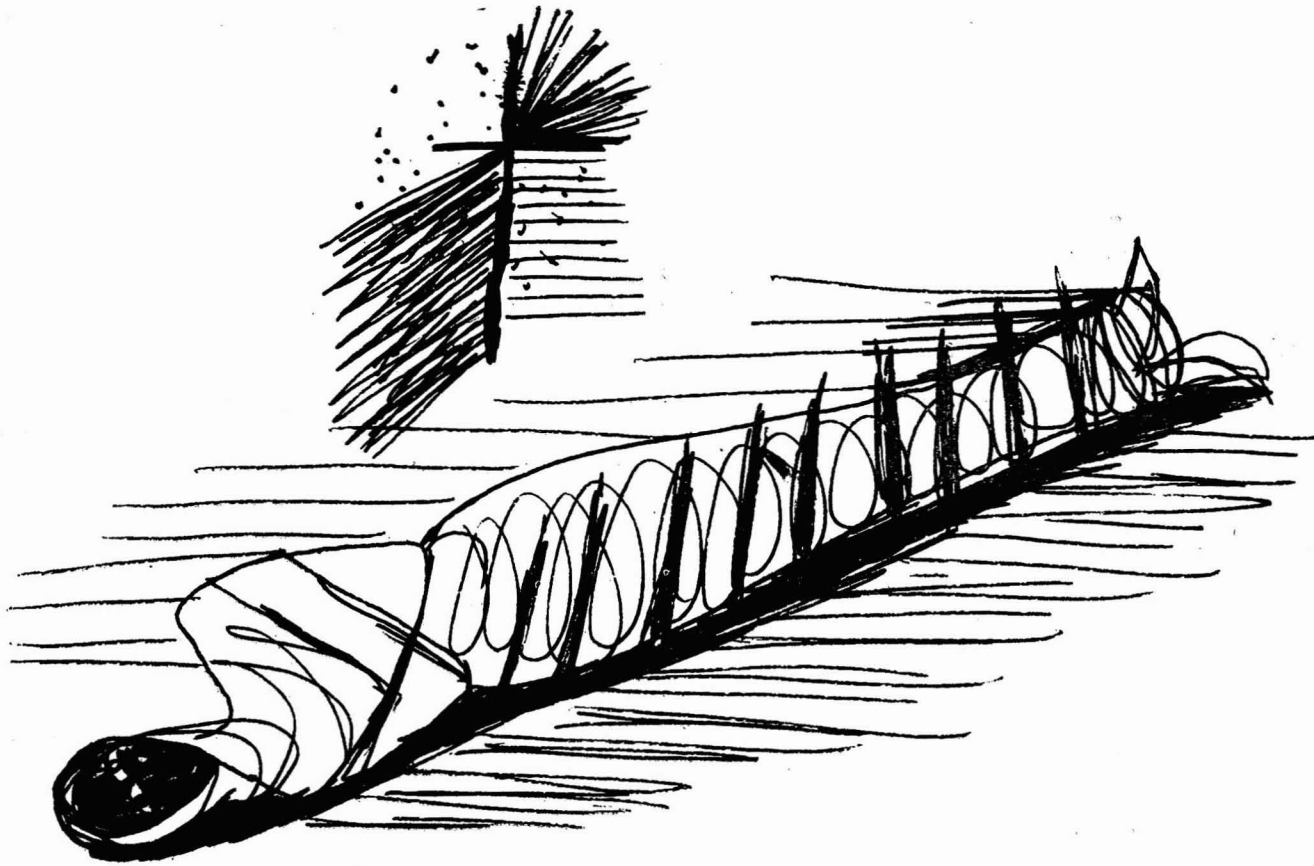




EL TRIGO ERRANTE

NADIE lo vio crecer. Apareció de nuevo un día, caminando sobre la vereda de yeso rumbo al pueblo. Todos lo recordaban, idéntico en el esqueleto esencial; todos habrían jurado que era él mismo, de regreso, como todos sabían que era otro por el distinto color de la piel, por la mueca incontrolable. El rostro anterior, pero pintado otra vez, visto en un espejo de caracoles. Siempre había sido igual —pero tan diferente. Siempre había estado allí, sentado sobre una banca de piedra en la azotea de su casa, siempre. Creció el pueblo y prosperó; luego muchos murieron o debieron huir, y después llegaron nuevos pobladores. Los niños se vieron adolescentes, los adolescentes hombres y mujeres. Pero a él nadie lo vio crecer. Todos lo recordaban, todos sabían quién era.

Las dos mujeres de la casa envejecieron y luego murieron. El estuvo en los dos entierros, en los dos lloró con una humildad distante del dolor, cruzó los brazos sobre el pecho y todo en su mirada, en la expresión intensa del sentimiento que se convirtió en su propia carne hasta borrar la presencia del hombre vivo para convertirlo en misericordia, se iluminaba con la acción de gracias — en la que muchos, ciertamente, creyeron adivinar un ligero rictus de envidia. Después llegaron otras dos mujeres a su casa, y las dos le servían. El desapareció, las mujeres cerraron la puerta de la casa —todo esto se comentaba en la aldea, aunque nadie las había visto después del viaje de su amo— y ni el humo de la chimenea delataba vida o movimiento en ella. Y ahora los labradores y los soldados que tejían las púas a lo largo del camino levantaban las caras al escuchar las pisadas sobre el yeso y lo veían avanzar hacia el pueblo amarillo.

—Ha regresado— dijo un labriego, limpiándose la nariz con el brazo.

Por Carlos FUENTES

Dibujos de Juan SORIANO

—Está más azul que antes, como si le hubieran planchado la piel. Como si sólo tuviera facciones porque nosotros las recordamos— dijo el otro, y volvió a fijar la vista en la tierra cruda.

La puerta se abrió de nuevo. Las dos mujeres —una gorda, con los brazos al aire y el rostro pellizcado por el vapor y los olores de la cocina, la otra menuda y tierna, como si esperara un florecimiento de su madurez— salieron al camino y cayeron de rodillas. El hombre entró sin mirarlas y en seguida abrió los postigos, miró con intensidad lo circundante, y poco más tarde se le vio aparecer en la azotehuela encalada y sentarse sobre un banco duro y bruñido.

Cuanto pasaron por la vereda lo vieron allí, y a todos les pareció natural. Aun los más viejos estaban acostumbrados a encontrarlo allá arriba, al levantar la vista; era algo tan esperado como el árbol tullido del recodo, las señas del camino, el bosquecillo de cedros que alegra la geometría polvosa de la comarca. Su ausencia había roto el orden de las cosas; ahora todo recobraba su ritmo y su simetría providenciales. Más de un anciano suspiró aliviado al reconocer la silueta, remota y fosforescente bajo la órbita lunar, esa primera noche: la había visto desde niño, y ahora era una promesa de días, de años más sobre la tierra.

El hombre de la azotehuela, sin mirarlos, los veía pasar, y sus labios —casi invisibles, casi inseparables el uno del otro— repetían en silencio: —¿Por qué yo? ¿Por qué no uno de ellos?

Esperaba sentado hasta la salida del sol. Entonces se ponía de pie, se contaba los dedos de las manos y pensaba: —Sí,

no hay duda, aquí estoy, aquí está mi cuerpo—. Alargaba los brazos para sentir el calor de los primeros rayos o el frío de la aurora en la transición de astros. Hacía mucho que había perdido toda sensación de clima; hacía mucho también que, en este ejercicio cotidiano, se había convencido de que su carne era capaz de estremecerse de frío, de guardar el calor. Y descendía por la escalera blanca y tortuosa al hogar siempre encendido. Nada lo encolerizaba más:

—¡Necias! Apaguen ese fuego. ¿Creen que tengo frío?

—¿No sientes frío?— preguntaba la mujer gorda. Y él reaccionaba; debía sentir frío, esto era lo importante, sentir frío... pero no como ellas lo pensaban.

—Sí —trataba de justificarse—, la madrugada siempre es fría. Pero en cuanto brille el sol, ¡apáguelo! Apáguelo.

La mujer gorda regresaba a la cocina y se perdía en un torbellino de cebollas y agua hervida. Y la mujer menuda se sentaba sin hablar a los pies del hombre, y volvía a contemplarlo.

—¿Te preguntas por qué desciendo a esta hora?

La mujer no hablaba; sus ojos esperaban.

—Me molesta la manera como se agudizan los rumores. Los pájaros originales, el primer rocío, son dueños absolutos del amanecer. Prefiero regresar cuando el bullicio humano todo lo enmudece.

La mujer cerraba los ojos, y el hombre sabía lo que, en secreto, pensaba: *No te justifiques conmigo. Yo sé que no puedes escuchar esos trinos agudos de la aurora. Yo sé que bajas para huir del silencio de tu propia piel, para no estar presente en la única floración, y para recoger un mismo pedazo de pan que no comes.*

El hombre, en cuanto sabía que las carretas rodaban, y los vendedores ambulantes y los soldados y los niños regresaban a recoger el sol, tomaba el pan duro de la mesa y volvía a subir a la azotea, a tomar su puesto, a decir en silencio: —¿Por qué no escogiste a otro? ¿Por qué yo?— y sus ojos surcaban el horizonte, más allá del esquema de polvo esculpido de esa aldea chata y sus casuchas de tierra cocida, más allá de la lejanía afilada de las montañas y del arsenal de nubes. Sobre el pedazo de pan se sentaba, y trataba de recordar cómo era la vida. Apretaba los dientes para resucitar el recuerdo de sus juegos infantiles, de su pubertad, de la primera mujer gozada, del paisaje de la región en las otras épocas. Surgían siempre las palabras juego, pubertad, mujer, paisaje, pero nunca las imágenes. Tocaba a cada instante el pan: siempre helado, como una cosecha de piedras.

Así pasaban los días. El hombre repetía su pregunta, se sentaba sobre el pan, trataba de recordar: vivía la noche paralizado en el banco, el día con las miradas curiosas de los caminantes. Descendía al hogar cada aurora, y una mañana la mujer gorda no pudo contenerse más y refregándose las manos sobre el delantal salió de la cocina y le dijo:

—Miriam ha venido mil veces a preguntarte por ti. Sabe que estás sentado en la azotea, te ve desde el camino, y luego yo tengo que mentir y decir que todavía no regresas. Ya me aburrí. La próxima vez la dejó pasar.

Y volvía a internarse en su bullicioso quehacer, en su mundo de gallinas degolladas. Miriam —pensaba el hombre—, Miriam, Miriam, la imposible cercanía del recuerdo, la palabra de la acción. La mujer menuda creyó que había llegado la hora de hablar, pero el hombre sólo extrajo de su ropón gris una servilleta raída. La acarició entre las yemas y regresó a la azotea. Allí colocó el trapo sobre el rostro; ¡deseaba tanto que al quitarlo el sol lo cegara, lo obligara a guiñar! Pasó la mano por la cara, para cerciorarse otra vez, y sintió que por la uña rodaba una lágrima. Se puso de pie, temblando, y miró con incredulidad esa gota; la cubrió en el acto con la otra mano, temeroso de que el sol la evaporara, y por primera vez descendió al medio día y volvió a sentir el penetrante olor de aceite derramado.

—¡No cocines con aceite, con aceite no!— dejó gritar a su voz hueca.

—¡Nunca lo hago!— rezongó la gorda desde la cocina. —¡No sabré que lo tienes prohibido, que aquí hay que cocinar sin razón ni gusto, como en los orfelinatos!

La mujer menuda se colocó de rodillas cerca del hombre.

—¿Verás a Miriam, hermano, la verás?

—Tú, tú eres la responsable— gimió la respuesta.

—No, no soy ella. Ella está muerta. Yo soy otra; tu hermana no por los padres, sino por la necesidad y la oración.

—No, eres la misma. Hueles a óleos, los untaste en sus pies, y se los secaste con ese mismo cabello. ¡Rápate, mujer, que no quede un solo vello en tu cuerpo!

La mujer bajó la cabeza hasta tocar el suelo, mientras el hombre se apretaba los puños y trataba de dar una imagen a las palabras paisaje, mujer, pubertad, juego: tomó la navaja clavada sobre una

costra de queso y la pasó con furia lenta y lejana sobre el cráneo de la mujer. Sin variar la mirada, sin poder cerrar los labios siempre pegados, le arrancó la túnica, separó los brazos, las piernas de la hembra y raspó, no con ardor, sin convicción, y después, hincado, recogió el pelo y lo apretó en el puño. Su voz recordaba el tono pesado, terroso. —¿No me dejaste aquí para esto, para hacer? Tú que preferiste a la que sólo te contemplaba, tú que despreciaste a la afanosa, ¿para qué me dejaste aquí solo, sino para hacer?

La mujer tierna recogió su túnica y se arregló los tufos dispersos de la cabeza, mientras, sin mirar al hombre, murmuraba: —Volverán a crecer, hermano.

El hombre pensó rápidamente que esta mujer menuda y tierna, que la otra, la gorda, que todos, lo desconocían, que él, lo suyo, lo intransferible, se había agudizado hasta la llaga. La última palabra de la mujer —“volverán a crecer, hermano”— quería apresurar la culpa que debía sentir por su acto. Lo desconocían. El hombre volvió a clavar la navaja sobre el queso y allí detuvo la mano: *No saben que no puedo sentir culpa de nada, que esa es mi condena. Que sólo puedo sentir vergüenza, individual, incomunicable. Si hubiese sabido a tiempo, si hubiese sabido. No habría llevado la culpa la primera vez, habría muerto con la culpa, hecho de ella mi mortaja. No, quise ser inocente, y morir en la inocencia, lavándome las manos de mi propia vida y de todas las vidas cercanas a las mías, odiosas o entrañables. ¿Para qué me servirán mi propia vida o las vidas tejidas a la mía cuando muera? Eso me pregunté entonces, negarlo todo para irme a la tumba envuelto en la inocencia. Pero no podía saber, ¿verdad?, no podía saber que a los cuatro días me harían regresar, me azotarían las vísceras descompuestas con la palabra, oh, ¿por qué no decirlo?, me utilizarían como testigo de cargo de la divinidad. Serví, serví para convencer a los demás, para ganar prosélitos; me usaron, como a una cacerola o a un lebril, así me usaron. El mismo lo dijo: “Padre, te doy gracias por haberme es-*

cuchado. Yo sabía que tú siempre me escuchas; pero yo obro para estas gentes que me rodean, para que ellos crean que tú, en verdad, me enviaste aquí.” ¡Lo escuché: con esas mismas palabras que removieron la otra existencia del sepulcro, que intensificaron la peste de mi carne, que me arrancaron del sueño! Sali envuelto en los vendajes de la muerte, con el trapo sobre la cara. No quise tocarme a mí mismo, quería huir de mi cáscara terrena. ¿Por qué yo? ¿Por qué no otros? ¿Por qué tuve que ser yo la prueba de la divinidad?—Y regresé y no pude recoger mi culpa— dijo el hombre en voz alta, de pie junto a la figura hincada. —Morí en la inocencia para salvarme, y ya nunca recuperé la culpa. Me lavé las manos, me lavé las manos, de mí mismo y de los demás... ¿Cómo iba a saber? ¿Tú entiendes?

La mujer no lloraba; ocultaba el rostro. Quería ser un reproche vivo y mudo. El hombre ni siquiera podía sonreír —es lo primero que había olvidado— ante su incompreensión. Pero ya se entrenarían las tres.

Así se estuvieron mientras las horas palidecían: él de pie, deteniendo la carne gris y transparente del mundo, ella de hinojos, afeitada y oculta. El hombre, al crepúsculo, sintió un perfume: no actual, porque lo inmediato no le alcanzaba, sino apenas recordado: la memoria sin luces —la pura nostalgia— era su castigo. La mujer gorda entró con grandes aspavientos y le dijo al oído:

—Aquí está Miriam nuevamente, ¡recíbela, te lo suplico! Deja que llegue a hacernos compañía, como antes. No puedes alegar que necesitas estar en la azotea, porque llevas seis horas acá abajo...

—¡Seis horas!— el hombre adelantó los brazos y sintió un vértigo: —¿Y si la señal ha pasado y yo no lo alcancé a ver? ¿Entonces qué?

Miriam entró, perfumada, con los senos a punto de estallar fuera de la camisa de lona, con sus pantalones cortos propios del clima y de las brigadas del desierto. El hombre fijó la vista en las sandalias de Miriam; las sandalias de ésta, la figura hincada de la otra, mantenían sus ojos fijos en el suelo, mien-



tras la voz gruesa y quebrada de Miriam decía:

—Sí, eres tú. Me habían dicho que eras otro, aunque semejante. Ya veo que no; a mí no me engañan.

El hombre no escuchaba; pensaba en la señal que pudo pasar entre los segundos perdidos. Miró sus uñas amoratadas, cada vez más oscuras, y no dudó que la nueva hora —la misma hora— iba a sonar. Miriam tomó sin preocupación la costra de queso y comenzó a roerla. Su perfume resultaba intolerable en la pieza hermética: —Nadie me engaña a mí, ¿sabes? Claro, te enterramos, el rabino ejecutó mecánicamente todos los ritos, y hasta algunos rezaron por ti. ¡Qué me importa! Aquí estás, bien vivo. Se te habrá pegado algo de tierra en el alma y hasta en los párpados, ¿qué me importa!

—No entiendes, Miriam— logró gemir el hombre.

Miriam se limpió los dedos con el filo del pantalón: —Entiendo más de lo que crees. Y acercó sus labios y su perfil prógnata al rostro del hombre: *Eres inmortal.*

El hombre dejó escapar un chillido sin freno, de rata aplastada, que pesaría más que el viento y el fuego, un alarido atroz que pudo haberse tomado entre las manos y amasado hasta convertirlo en una losa de fango: sus brazos buscaron a ciegas las paredes, arañaron los ladrillos: jadeó y por fin pudo hablar a las dos mujeres abrazadas en el terror, escondidas detrás de sus propias sombras, largas en la mirada oblicua del atardecer.

—Vivir siempre sobre la tierra es la negación de la inmortalidad.

Miriam, sin abandonar el abrazo de la otra mujer, logró contestar entre sollozos:

—Pero te enterramos; yo fui y dejé caer el manojo de hierba sobre tu cuerpo... yo lo vi todo...

—Crees saberlo todo porque fuiste testigo de mi muerte— el hombre dejó caer sus brazos como dos banderas sin brisa. —Y yo que he sido testigo de todo, desde entonces, testigo de todas las muertes y de todas las vidas, sin poder acercarme a ellas, muriendo un poco antes de mi muerte cada vez que moría un ser al que debía amar, viviendo un poco antes de mi vida y teniendo que dejar pasar las vidas a mi lado... todo esto, no sé como decirlo, porque no entiendo ni mi fin ni mi comienzo, todo esto, que hube de soportar sin poder apropiarlo: la guerra y el odio, los momentos de ternura o de holganza o de exaltación, la miseria, todo esto, los siglos de ceguera y los segundos de amor, los coitos helados, los juegos de la niñez a la sombra del álamo, los ruidos y el abrazo de los colores, todo esto hube de atestiguarlo sin hacerlo mío, ¿para justificar un milagro? ¿Para justificar el orden de la creación?

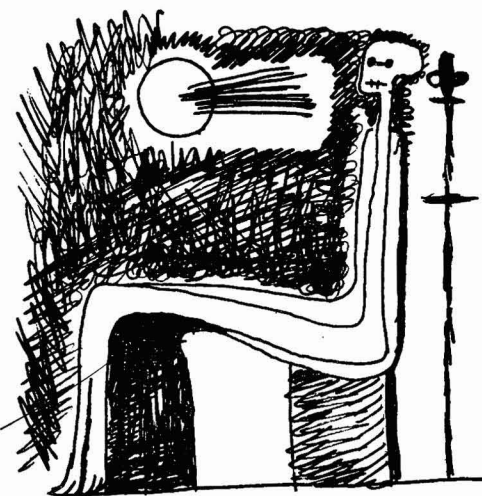
El hombre se desprendió de la pared y arrastró las piernas, sin rumbo, por el cuarto oscuro. La noche había descendido, y sólo su voz surgía de una tiniebla frondosa:

—Tú quieres ser la mujer de un inmortal, ¿no es eso, Miriam? Toca mi mano y dime si aún lo crees, toca, ¡toca!

Miriam se desprendió del abrazo de la mujer menuda y se arrastró lejos de la voz: —¡No, no quiero! ¡No quiero!— chillaba envuelta en su perfume y en su

sudor de guerrillera. —Te creo, te creo, no me dejes tocarte.

—La vida me fue devuelta por la soberbia, Miriam: no para que me acostara con una mujer y gozara el sabor de los dátiles nuevos o entrara otra vez al ritmo de la carne y el deseo de la grandeza, la grandeza breve y exacta de una vida, sino para que permaneciera siempre aquí, prueba fehaciente, atado al milagro. Yo soy esa mínima injusticia necesaria aun a las obras del cielo. ¿Sabes Miriam, lo que es conocer tu propia vida en redondo, todo tu destino, sin azar posible? ¿Sabes lo que significa resucitar para volver a vivirla, completa, y morir y volver otra vez a vivirla y volver a morir, sin solución, sin libertad, sólo para que se mantenga el orden de la creación y el milagro sea, para la eternidad, el milagro? La resurrección me fue dada para siempre: entra en el orden divino, no puedo escapar a ella. Resurrecto una



vez, cada vez que muero vuelvo a resucitar. Cierro los ojos en el día de mi muerte, Miriam, sin poder sentir que he pecado, sin poder solicitar el perdón: a los cuatro días mis huesos escucharán de nuevo la palabra, saldrán de la tumba y dejaré allí mismo mi mortaja, seguro de que pronto la volveré a usar... Me espera. Para mis cuatro felices días de sopor y tierra.

La mujer menuda unió sus manos, y su voz ascendió desde la cercanía del suelo:

—¿Tú lo has visto de cerca, a él, hermano, en su reino?

—Lo supe, de lejos. No deja que nadie se acerque demasiado. Porque también él sufre, duda, y su cólera es grande. También él teme, y sobre todo prevé: y lo que él prevé está teñido de un dolor comparado al cual nuestras lágrimas —todas, todas— no alcanzarían a abreviar un grano de trigo. También él añora en vano: todo su poder no podría lograr la marcha hacia atrás, la marcha hacia el punto de la recuperación.

—¿Y es grande, es fuerte, está vestido!

—Está coronado de astros amarillos y de arenas con alas: todo el dolor de un instante perdido, todas las posibilidades rotas de cada criatura, cuelgan de sus sienas como un vasto ramillete nupcial que algo más que el tiempo —¡el tiempo en él sofoca, está siempre allí, inmóvil, recortado como un mediodía limón!— ha envejecido. Demos gracias de nuestra ignorancia, mujer, y no preguntes más.

El hombre ascendió lentamente la escalera blanca hasta la azotea, lejos del

llanto sostenido, inánime, de las mujeres. El humo de la chimenea se desplazaba hacia las nubes; la gorda no había dejado de cocinar en todo el tiempo. Y Miriam había sido tan linda, antes de que la guerra y las púas la arañaran tanto.

Tomó el pan helado entre sus manos y lo levantó al cielo. ¿Por qué se atrevió a desear lo vedado, a repetir la mecánica del amor que nunca más podría sentir? ¿Por qué se atrevió a yacer en un lecho con la guerrillera de olores tibios? ¿Por qué se atrevió a sentir amistad y compasión hacia las dos mujeres del hogar? Era justo, después de tantos siglos, que intentara de nuevo todo esto, aun a sabiendas de que no lo conseguiría; amor, amistad, compasión.

Las voces de las mujeres se insinuaban desde el hogar apagado:

—¡Mujer! ¡Cómo deseas recordar a la mujer!

—Debe alcanzarla tu recuerdo.

—Es la imagen de la que siempre espera: espera los besos, espera el parto, espera el grueso tallo nupcial...

—Espera el primer baile, la primera muerte...

—Espera que dos manos nocturnas entren en los ríos oscuros del sexo, en los astros graníticos del seno...

—Entren con un brillo punzante a decirle que existe porque espera...

—Una mujer... Sueña, hombre, encaja tus ojos como garfios sobre la latitud de cielo y tierra, sabe todo aunque no lo recuerdes.

—Sabe que las tres esperamos y volveremos a esperar...

—Parto-beso-falo, baile-muerte: que cumpliremos los extremos sólo para volver a esperarlos, aun en la tumba, aun en el sosiego errante.

Pero el hombre pensaba: *Las sellé a las tres, para siempre, Miriam aún quiere creer en los datos de la experiencia; es más, todavía tiene su nombre. Las otras dos están más cerca del anonimato. Ya no comen; Miriam se obstina en roer la costra de queso, en darle crédito a sus sentidos. Quizás después de esta noche se darán cuenta.*

Ahora, sobre la azotea desnuda, el chisporroteo de las estrellas de Palestina le ayudaba a recordar su última muerte. Lo habían puesto, amortajado, en la fosa, y él en el sueño, rogaba que le permitieran de nuevo el amor, la amistad, la compasión. El rabino había pronunciado las palabras del rito y las mujeres habían gemido y arrojado hierbas y Miriam había gritado: —¡Lázaro, Lázaro, vuelve a nosotras! Y recordó que había deseado que se lo permitieran, aunque sólo él conociera el secreto, y que entonces había pasado muy bajo un avión árabe ametrallando el campo. Fue en ese momento cuando las tres mujeres cayeron instintivamente en la fosa funeral y él sacó dedos de sus dedos para apresarlas y llevárselas. Y ahora estaban los cuatro reunidos para siempre.

El hombre buscó la señal; levantó la cara y perforó con los ojos el aire untuoso del verano. Ellas no habían entendido nada. La vieja gorda seguiría cocinando, a la menuda y tierna le crecería el pelo, Miriam creería que la guerra continuaba y que él llegaría a amarla como cualquier hombre a cualquier mujer. Lázaro se sentó sobre el pan. Las mujeres aún no sabían que se las había llevado con él, para siempre.